

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ
Numerario

El artículo 31 de nuestro Reglamento dice entre otras cosas: «...el Director, de acuerdo con el electo, designará a un Numerario quien, en el plazo improrrogable de un mes, redactará un breve discurso de contestación en nombre de la Academia...». Y de nuevo, el artículo 100 del capítulo XII del Reglamento, dice: «En el caso de tener el discurso de recepción el Presidente del acto, será sustituido en la función de acompañar al electo al estrado».

Quiero justificar con esto mi presencia en este ambón pronunciando el discurso de contestación en nombre de la Academia y abandonando brevemente la mesa presidencial. Lo contempla el reglamento para algunos casos como pueda ser el de hoy. El nuevo Académico es una de esas personas de las que se puede decir que uno ha visto nacer. Su padre, Académico Correspondiente de esta Institución, escultor, dibujante, escritor y periodista, entre otras cosas, fue compañero mío en la posguerra en aquella escuela pública del Cambrón, llamada Santiago de la Fuente, donde hoy se encuentra el Instituto Sefarad. Escuela en la que, con otros niños de la posguerra, comenzamos a tejer unos lazos de amistad que lejos de debilitarse con el tiempo, se han venido fortaleciendo a través de los años. Más tarde, adolescencia compartida en la toledana Escuela de Artes recibiendo enseñanzas de profesores que fueron, muchos de ellos, miembros de esta Real Academia, como Enrique Vera, Julio Pascual, Guillermo Téllez, Cecilio Bejar... a los que dedico desde aquí un emocionado recuerdo, que será compartido, no lo dudo, por mi querido amigo Juan Jiménez Peñalosa, aquí presente. Su madre, a la que llamo Tere cariñosamente, hizo su incursión en

el arte de la fotografía con notables éxitos en la década de los setenta como reportera gráfica de un periódico local, mostrando también su veta de artista que ha contribuido sin duda al aporte genético de sus descendientes.

Lo de haber visto nacer al Académico recipiendario, es, como ustedes habrán supuesto, una metáfora al uso. No lo he visto nacer; pero recuerdo una conversación de hace años con su padre comentando la inclinación de sus hijos, en la que me decía que todos ellos apuntaban hacia el arte; uno quería ser pintor, (con el que por cierto coincidí luego en la Facultad de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia) otro –me dijo– se inclina por la fotografía; y tengo otro que va a ser músico. Este último, el músico, es el que ingresa hoy como Académico Numerario de esta Entidad, el Ilmo. Sr. D. Roberto Jiménez Silva.

Fue Seise, como lo fuera Jacinto Guerrero y otros insignes músicos toledanos. Desde allí parten sus primeros pasos por el piano y la composición teniendo como primeros maestros a D. Isaac Félix Blanco, y más tarde a la que fuera también miembro Correspondiente de esta Academia, Nieves Beltrán, consiguiendo posteriormente su licenciatura en Dirección y Composición por el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Desde ese momento, su andadura en el mundo de la música la divide en cinco áreas: Docencia, Dirección, Difusión, Investigación y Creatividad.

En la DOCENCIA, imparte clases en el colegio de la Medalla Milagrosa; en el Colegio Mayol; y más tarde como profesor ya de Enseñanza Secundaria, da clases en el Instituto Juan de Mariana de Talavera de la Reina; y después en Toledo, en el Instituto de Alfonso X el Sabio, ocupando ya la plaza de Profesor de Música de la que es titular. Es profesor también de la Universidad de Mayores José Saramago.

En la DIRECCIÓN, comenzó dirigiendo la Escolanía del Colegio de Infantes como segundo director. Funda, y dirige durante más de quince años, la Coral Bab-al-Mardom, en la que interpreta música polifónica desde autores del siglo de oro español hasta impresionistas, como su todavía recordada versión para «Coro de los Cuadros de una Exposición», de Moussorgsky.

Quiero recordar hoy su trabajo junto al recientemente fallecido capellán mozárabe, Florentino Gómez, en una magnífica interpretación de liturgia y música en la ciudad alemana de Colonia. Y no quiero olvidarme el pase de Vísperas, obra suya con la que, entre otras, la Coral Bab-al-Mardom, realizó sus estrenos absolutos.

En la DIFUSIÓN, son muchas las conferencias, charlas y debates a las que ha sido invitado o las que él mismo ha promovido. Destacaremos de ellas las que durante varios años promovió en los grupos de Cultura Popular del barrio de Santa María de Benquerencia; el primer ciclo de ocho meses de conferencias sobre «La Nueva Estética del III Milenio»; o su participación en el Iº Simposio Internacional sobre Franciscanismo en la Península.

En este capítulo de difusión, incluimos sus actividades en los medios de comunicación. A través de Radio Nacional de España, dirige escribe y presenta el programa sobre arte y cultura «Bloc de Notas»; en la Radio Diocesana, en «Más allá de la Historia», de los que van emitidos más de 600 programas; 50 documentales para una cadena de televisión de Cantabria; y numerosos artículos en revistas y diarios, son testigos de su preocupación por la difusión de la cultura.

La INVESTIGACIÓN en la música, es una de sus máximas preocupaciones. Cataloga miles de páginas sin archivar de diez con-

ventos toledanos, que facilitarán la labor de futuros investigadores. Sus investigaciones se centran sobre las ya mencionadas liturgia y música mozárabes y, sobre todo, en las nuevas formas de expresión, de lo que se deriva su importantísima faceta creativa.

En este campo, la CREATIVIDAD, cuenta con más de cien obras escritas para distintas agrupaciones, coros, cuartetos u orquestas, en diferentes géneros de música electrónica o para órgano. Querido por el Ayuntamiento y la Cofradía Internacional de Investigadores, realizó, recientemente, el montaje multidisciplinar titulado «Cantata para una Reina» en homenaje a Isabel la Católica. Y cuenta con obras creativas como «A Selenia diosa de la noche», interpretada en las ruinas romanas de Segóbriga. Y en su concepto de la creatividad sinéptica, crea lo que él mismo considera dos obras fundamentales: «Asharhamad» y «Liturgia del Alma», sobre el cuadro del Entierro del Conde de Orgaz.

Dado que esto es un discurso de contestación, llamado así por si la Academia, aún estando de acuerdo con el contenido del discurso del recipiendario tuviera que puntualizar algún concepto, me creo en la obligación de, no sólo alabar al nuevo académico, sino de «contestar» en nombre de la Academia a algún punto de su disertación.

Defiende el nuevo académico en su discurso de ingreso, que el receptor o espectador de una obra de arte debe estar en disposición de percibir lo que se le ofrece, pues, para la percepción de una obra sinéptica, «no influye sólo la obra en sí, sino nuestra manera de pensar o de sentir». En otro momento, dice: «En todo acto de atención a un objeto va contenido un cierto olvidarse de sí mismo. Sólo de esta manera, cabría establecer un contacto real con las obras de arte sinéptico y con sus Logos». Y añade después: «Tal confusión

es característica de los estados histéricos en los que una persona ha perdido la capacidad de un verdadero contacto con el objeto: siempre acaba desvirtuándose hacia la consideración de su propio proceder».

El académico compositor nos presenta una música visualizada en colores, comparando las frecuencias hertzianas entre sonidos y tonalidades cromáticas. Nos deja pensar que de los nueve millones de colores visibles de que nos habla Gerritsen procedentes de los tres Básicos, rojo, amarillo y azul, podríamos deducir parecido número de sonidos audibles procedentes de las notas básicas del pentagrama. Tras esta comparación me permito acudir a lo que decían a mediados del pasado siglo Cyril Burt y su discípulo Eysenck, referente a la percepción de la pintura, que es coincidente con lo que el nuevo académico piensa sobre los receptores de su música.

Coinciden estos autores en las apreciaciones de Jiménez Silva sobre los diferentes estados de ánimo o las tendencias impulsivas o emocionales del espectador, que ellos clasifican en cuatro grupos: lábil extravertido, lábil introvertido, estable extravertido y estable introvertido, explicando las razones para cada una de las diferentes actitudes ante una obra de arte, casi siempre relacionadas con los estados mencionados del espectador o su bagaje cultural.

Pero, Sr. Jiménez Silva, no es menos cierto que el artista no puede basar su creación en las capacidades de percepción de cada uno de los receptores de su obra, pues la percepción humana no constituye una copia fotográfica de los elementos de su entorno igual para todos, sino que existe una serie de procesos de elaboración mental, que transforma la información recibida en cada caso, para cada individuo. Por tanto pensamos que cuando un artista crea

su obra, no deberán preocuparle los diferentes estados culturales y de ánimo de cada receptor, sino que deberá poner su máximo interés en su creación pensando sólo en su obra; eso sí: en la sinceridad y pureza de la misma, pues los procesos de transformación en cada sujeto se encargarán de que llegue a la mente de cada uno la obra de arte que en realidad cada uno quiere o puede ver, por más que el autor intente lo contrario.

Considérese con este breve párrafo cumplido mi deber de «contestación».

Si volvemos a leer nuestros Estatutos y Reglamento, nos daremos cuenta, querido Roberto, de que nos has metido en un buen lío. Veámoslo; Artículo XLIV de los Estatutos: «Los electos por la sección de Bellas Artes (que es el caso de hoy), pueden, si lo desean, sustituir su discurso por la presentación o donación de una de sus obras que, a la vez, se reproducirá y describirá en el mismo ejemplar impreso del discurso de contestación».

Estamos asistiendo a un acto completamente atípico en esta Academia. Y tal vez sea un caso atípico en todas las Academias de Bellas Artes.

Lo que acabamos de presenciar, ¿ha sido un discurso? ¿ha sido la presentación de una obra de arte? Como hemos podido comprobar, el nuevo Académico ha aprovechado el discurso para mostrarnos una de sus obras de arte en la que nos hemos sentido integrados todos nosotros. Una obra de arte efímera, súbitamente perecedera, una de esas obras de arte, como la concebida por Nerón al quemar Roma, cuya contemplación, en un instante, hay que aprovechar pues uno sabe que ese instante será irrepetible. Un arte nuevo que Roberto Jiménez Silva viene practicando desde hace ya

algunos años. Recordemos su concierto en la iglesia de San Julián con motivo de la inauguración de dicho templo. Mencionaremos para recordarlo algunas frases del artículo que el que les habla a Vds. en este momento, le dedicó en un periódico local, parte del cual bien podría servir para la obra que hoy nos ha mostrado.

«Jiménez Silva nos sitúa al comienzo de su obra como en un paño virgen que luego irá llenando de contenido, como un pintor cuando empieza a crear sobre un lienzo en blanco. Sólo que aquí Roberto comienza su obra sobre un gran espacio en negro: la gran sala del templo en penumbra. Recoge al espectador con sus primeras notas musicales que, no sonando a música tradicional, le hacen sentirse expectante ante una obra moderna. Juega con la psicología de la percepción visual y auditiva, pues, dando calma a los minutos preliminares, crea en nosotros el ansia de encontrarnos con su obra, con él, con su mensaje. Y no me refiero ahora al ‘mensaje del templo’, sino al discurso del artista, a su comunicación al espectador-oyente-actor en que en unos momentos nos ha transformado haciéndonos sentir observadores de su creación y parte integrante de ella. Pues este joven compositor invade nuestro entorno de luces y de sonidos pintando con la música y creando escenas verdaderamente surrealistas; creando arte fresco en el que te hace sentir integrado, pues los personajes salen del público del que tú formas parte. La estancia se llena de nubes de colores que invaden el ambiente que te rodea mientras una preciosa voz interpreta poemas de Karol Wojtyła. Esto te hace mostrarte respetuoso y respetado: lo que hay a tu lado y tú mismo, ya es obra de Jiménez Silva».

Hemos asistido hoy, y formado parte y presenciado a la vez, una obra de arte futurista, sin que con esto queramos decir que se encuentre encuadrada en el movimiento del mismo nombre que un grupo de artistas capitaneados por Boccioni fundara hacia 1909. Al

nuevo Académico se le quedan atrás todas las vanguardias artísticas del siglo XX. El Expresionismo, el Dadaísmo, el Surrealismo, el Cubismo, el Rayonismo, el Abstraccionismo, el Suprematismo y algún que otro «ismo» que se me pudiera haber quedado en el tintero, están siendo superados por este artista del siglo XXI, aunque en algunas de las corrientes artísticas mencionadas ya se empezara a gestar el alumbramiento de conceptos por venir del arte o sus formas de expresión, como la que, de manera espectacular, nos ha mostrado hoy el nuevo Académico. Decía Hegel: «El artista pertenece a su tiempo, vive de sus costumbres y sus hábitos, comparte sus concepciones y representaciones». Este artista, Roberto Jiménez Silva, pertenece a su tiempo, pone la más avanzada tecnología de sus días, la electrónica y la informática al servicio de su arte, crea su obra basada en ilusiones óptico-auditivas. Diríase que para crear su obra, Jiménez Silva ha bebido en frases de las vanguardias que en su día fueron avanzadas, aunque hoy ya estén sobrepasadas. Elegimos algunas de estas frases que pudieran tener más relación con las creaciones del nuevo académico.

Decían los futuristas de principios del siglo XX: «El espacio ya no existe: una calle mojada por la lluvia e iluminada por los globos eléctricos se abisma hasta el centro de la tierra. El sol dista miles de kilómetros de nosotros; pero la casa que tenemos delante ¿acaso no nos parece encajada en el disco solar? ¿Quién puede seguir creyendo en la opacidad de los cuerpos mientras nuestra aguzada y multiplicada sensibilidad nos hace intuir las oscuras manifestaciones de los fenómenos mediáticos? ¿Por qué hay que seguir creando sin tener en cuenta nuestra potencia visual, que puede dar resultados análogos a los de los rayos X?».

También los suprematistas, en el primer cuarto del siglo pasa-

do, dijeron: «Pero para el suprematismo siempre será válido aquel medio expresivo que permita que la sensibilidad se exprese de modo posiblemente pleno como tal, y que sea extraño a la objetividad habitual»

Son principios en los que basaban sus actividades algunos artistas de comienzos del siglo pasado, inmersos ya en la ruptura con los conceptos clásicos de expresión en cualquiera de las manifestaciones del arte.

El Académico al que hoy recibimos es compositor de una de las cinco artes consideradas Bellas: la Música. Yo siempre he dicho que la música junto a la poesía, mantiene las cualidades de pureza exigidas por aquellos que proclamaban la ausencia de trabajo manual en el proceso de creación del artista. Cuando Jiménez Silva se enfrenta a un pentagrama en blanco, lo hace lápiz en ristre, dispuesto a colocar sus notas musicales ordenando sus melodías. Pero habrá que imaginar lo que pasa por su mente cuando «piensa» colores para mezclas con sonidos, e imágenes etéreas que fundirá con su música. No se puede pensar que haya pentagrama que pueda servir de soporte a esa creatividad onírica de música y color, espacio y tiempo, si se desconoce la existencia de la «partitura sinestética».

En su obra de hoy, nos ha mostrado coloreado musicalmente el magnífico salón que nos cobija, joya del arte mudejar toledano. Y nos ha subido la mirada a lo alto del artesanado, en el que las estrellas se multiplican en enlaces que podrían ser interminables –según una filosofía árabe de lo infinito– de no existir el enmarque del techo en este caso. Y nos ha bajado un puñado de estrellas con las que nos ha mezclado. Y nos ha teñido de vivos colores las ya incoloras yeserías del siglo XIV bañándolas de arco iris; dejándonos, pienso yo, la interpretación de su intención a cada uno de nosotros,

dejándonos dudar si desea plasmar la alegría de remozar con sus colores los arabescos de parrales y atauriques, o la tristeza expresada en lágrimas de sangre por lejanas expulsiones. Y de una nube a nuestra altura, nos ha sacado un punto rojo que ha transformado en tres materias primas del arte: hierro, madera y piedra, y un manantial de agua que, pasado de nuevo por las yeserías, lo ha vuelto a elevar al cielo, a este techo cuajado de estrellas sin fin. Los que hemos tenido la suerte de encontrarnos en este salón, hemos formado parte de su obra de arte, nos hemos sentido dentro de ella, como lo están las meninas en el famoso cuadro de Velázquez, o los caballeros que acompañan al sepelio en el Entierro del Conde de Orgaz.

¿Quién o qué es este Académico? ¿Un compositor musical? ¿Audiovisual? ¿Escénico? ¿O es un compositor de sueños mágicos en los que inserta a los espectadores de sus obras? Roberto Jiménez Silva, es un artista del siglo XXI, un músico que compone obras no sólo auditivas, no sólo para ser recibidas por el oído, sino también por la vista. Yo creo en su capacidad para componer obras que puedan ser percibidas por todos los sentidos, pues, por su iniciado camino, no me extrañaría que un día preparase una obra en la que también el olfato y el tacto, y por qué no, el gusto, formen parte de ella. Roberto Jiménez Silva, no rompe, como los dadaístas, con el arte llamado tradicional; lo respeta y lo mima, y proyecta sobre él sus conceptos del siglo XXI en una modalidad en la que es un verdadero especialista.

Su discurso de ingreso hecho obra de arte, nos sirve de tarjeta de presentación; nos muestra su personalidad y su carácter. Aunque hayamos mencionado hace un instante la similitud de sus ideas con algunas de las vanguardias del siglo XX, hemos de destacar lo esencial de sus diferencias con algunos de los «innovadores» del arte que basaban su «modernismo» en el desprecio de todo lo antiguo.

Los futuristas, ya que los hemos mencionado antes, en uno de sus manifiestos firmado por Marinetti, decían entre otras cosas: «¡Nos hallamos sobre el último promontorio de los siglos! ¿Por qué deberíamos mirar a nuestras espaldas, si queremos echar abajo las misteriosas puertas de lo imposible?» Y haciendo alusión a las velocidades que alcanzaban los coches y aviones de aquella época, que a ellos les parecía imposible de superar, añadían: «El tiempo y el espacio murieron ayer. Nosotros ya vivimos en lo absoluto pues hemos creado ya la eterna velocidad omnipotente. Nosotros queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo, y combatir contra el moralismo, el feminismo, y toda cobardía oportunista o utilitaria».

Aunque hayamos comparado las ideas artísticas del nuevo Académico con los dadaístas y futuristas, queremos salvar su intención positiva en contraposición del lado orgullosamente negativo de algunos de estos dadaístas y futuristas.

Tal vez sin pensarlo, el nuevo Académico nos ha mostrado con su discurso-obra de arte, el símbolo de lo que puede ser su labor como miembro de esta Real Institución: lejos de dañar una obra de arte del patrimonio toledano del siglo XIV, la ha ensalzado y mimado para el orgullo de todos.

Que su ingreso en esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, suponga una ventana abierta al inmediato futuro, para lo que contaremos con lo que él llama su creatividad sinestésica, así como con su respeto a los bienes patrimoniales histórico-artísticos que la historia nos ha legado y que tenemos la obligación de legar a nuestros descendientes.

He dicho.